

Eje 5: Disputas, debates y/o aportes disciplinarios e interdisciplinarios para repensar nuestro campo de formación. Vínculos con salud mental, trabajo social, medios de comunicación. Sujetos y saberes compartidos. Formación docente en otros campos disciplinares

Escuela de Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Humanidades,

Universidad Nacional de Córdoba

Autores

Campilia, Mariano – Gómez, Sandra – Danieli, Eugenia– Barrón, Margarita – Cargnelutti, Jennifer – Theiler, Rocío – Frankowski, Tania – Florencia Avila

En la formación de los Profesores y Licenciados en Ciencias de la Educación convergen una diversidad de disciplinas que pretenden ofrecer aportes a los fines de construir interpretaciones multidimensionales de los procesos educativos; herramientas teóricas y metodológicas que promuevan instancias de asistencia, asesoramiento, capacitación e investigación en procura de dar respuestas a distintas situaciones que acontecen en los espacios institucionales educativos, formales y no formales.

El constante acercamiento, interacción e integración entre las disciplinas constituye una tendencia objetiva debido a la madurez del desarrollo científico alcanzado en la actualidad, por lo que la asunción de concepciones interdisciplinarias en torno a lo educativo deviene en una necesidad contemporánea, al estudiarse problemas complejos que no admiten una visión solamente disciplinar.

Debido a que los límites disciplinarios -necesarios para el surgimiento de cada ciencia- terminaron aislando las disciplinas unas de otras, y por lo tanto, ofreciendo una visión fragmentada de la realidad, viene en auxilio, en la actualidad, la interdisciplinariedad entendida como “el establecimiento de nexos recíprocos [...] entre dos o más ciencias particulares que tienen un común objeto de estudio desde perspectivas diferentes” (Ortiz Torres, 2012, p. 3). La noción de la Interdisciplinariedad resulta de ideas precursoras acerca

de la importancia de considerar diversos niveles de aprehensión de la realidad o de sostener enfoques complementarios sobre aquello en lo que se trabaja. La interdisciplinariedad ofrece una visión integral del objeto de estudio y contribuye a elevar el potencial teórico de las ciencias. Lo dicho da por sentado que la relación entre la disciplinariedad y la interdisciplinariedad es necesaria y dialéctica.

En relación a ello, el campo de las Ciencias de la Educación está configurado -y se ha ido configurado históricamente- por la presencia de distintas disciplinas en su seno. Se trata de una pluralización que surge como una forma de afrontar el estudio de un fenómeno que se asume como complejo, que articula procesos, prácticas, representaciones, integra todos los aspectos de existencia, interroga la cultura, las relaciones con uno mismo, con el “otro”, con lo social y con la historia. Los conocimientos que aportan otras disciplinas sirven para analizar, pensar y comprender dicha complejidad de la educación y de las prácticas educativas. Cada una de las distintas ciencias tienen algo que decir sobre la educación: los sujetos, los sistemas, las prácticas, los procesos educativos, las culturas, los valores, los saberes que la sostienen. Sin embargo, este juego interdisciplinario convoca también tensiones permanentes como por ejemplo ¿Qué es lo específicamente educativo? ¿Cuáles son los aportes relevantes de los otros campos a las Ciencias de la Educación?

Las disciplinas que se ocupan de los aspectos fundamentales del hombre no pretenden decir la última palabra sobre lo humano, no alcanzan una verdad inamovible, porque las condiciones y preocupaciones del hombre se valoran siempre de manera distinta y, además, sus necesidades y finalidades cambian de manera permanente. En este sentido, ninguna de las disciplinas que aportan al campo educativo (como Sociología, Teorías del Aprendizaje, Epistemología, Antropología, Economía, entre otras), se ha desarrollado históricamente para la educación o con intenciones primaria y directamente educativas, por tanto, el campo pedagógico es el ámbito de traducción o de re contextualización de los saberes con miras a potenciar el acto educativo, dicho de manera metafórica: desde la pedagogía se le hace el encargo a determinadas disciplinas –que inicialmente no estaban encaminadas a la educación–, para que colaboren en la intervención para formar al hombre, y, en ese sentido, las transforma, *“las convierte en responsables de colaborar”* en la configuración de los hombres, de lograr determinada expresión del “deber ser” en los sujetos, aunque su

responsabilidad inicial y específica sea atender –estudiar, describir, analizar– otros problemas. (Pasillas, 2008, p. 26)

Podríamos hipotetizar entonces -tomando las palabras de Alfredo Furlán- que se trata de utilizar “pedagógicamente” a otras disciplinas, y obtener de ellas los aspectos que se requieren para una mayor comprensión de lo educativo. Este “utilizar pedagógicamente” requiere armonizar los conocimientos de diferente naturaleza con las demandas e intereses sociales y traducir todo ello en una propuesta lógicamente articulada. En este sentido, no es menor pensar en “Ciencias de la Educación” en plural, puesto que “Pedagogía” no es la única ciencia que responde a los procesos formativos del hombre.

Las ventajas de la interdisciplinariedad en educación tienen que ver así con la posibilidad de formar profesionales que puedan responder de manera pertinente a las complejas demandas sociales desde la integración de conocimientos científicos; además, se trata de una reacción a las concepciones atomizadas de los diseños curriculares.

La interdisciplinariedad permite pensar relacionamente las problemáticas educativas, ya que pueden ser entendidas desde distintas dimensiones de análisis, llevando a una mirada más profunda y enriquecedora, que si solo se tuviera en cuenta una dimensión. También arroja luz en la comprensión de las acciones y decisiones que toman los sujetos ante una determinada situación, por lo que inferimos que involucra una mirada contextual. En síntesis, se trata de entender que la interdisciplinariedad en el campo educativo constituye hoy una manifestación de una tendencia integradora necesaria.

La formación de pedagogos desde una mirada interdisciplinar enriquece las posibilidades de comprensión de diversos campos de acción, a la vez que la construcción de propuestas y estrategias de intervención en ellos. Dicha interdisciplinariedad sería valiosa en tanto se construya desde la integración de los aportes de las diferentes disciplinas y teorías en relación con el eje de formación; que más allá de la especificidad de cada asignatura o unidad curricular, remitiría en última instancia a la intervención en relación con las prácticas educativas. En este sentido, la intención sería poner en diálogo los discursos y miradas de esos diferentes espacios de producción académica para potenciar intervenciones

educativas (lo cual no excluye, como ya señalamos, la existencia de algunas tensiones entre ellos).

Entendiendo a su vez que la forma es contenido (Edwards, 1999), la construcción de estos espacios de encuentro de saberes y enriquecimiento recíproco permitiría también el aprendizaje por parte de los alumnos de un modo de pensar el conocimiento, sus límites y posibilidades de articulación; poniendo en tensión modelos curriculares de tipo colección (Bernstein, 1988) que enfatizan el aislamiento, la distancia y la jerarquía disciplinar. En esta dirección, pensar la formación como espacio enriquecido desde el diálogo de saberes podría ayudar a realizar algunas construcciones respecto de la importancia que adquiere una mirada que busque comprender las situaciones y problemáticas desde la complejidad y el reconocimiento del saber del otro; ya sea que se traten de saberes disciplinares y sociales.

Los espacios de formación docente en otros campos disciplinares, así como las tareas de asesoramiento a profesores y gestores de proyectos educativos en instituciones no escolares (en relación con diversas prácticas educativas) constituyen espacios de intervención profesional recurrentes para muchos egresados. En ellos, el encuentro con los saberes del otro y la necesidad de construir con el otro, desde una actitud colaborativa y no desde la imposición del propio saber “autorizado” se presentan muchas veces como demandas y hasta condiciones de posibilidad o viabilidad de la intervención.

Algunos aportes que la formación podría realizar en este sentido serían, entre otros, la presentación de propuestas de actividades que exijan incluir como saberes válidos aquellos que han sido originados o tienen vigencia en otros espacios académicos, institucionales y sociales; la reconstrucción o revisión de la historia de la propia disciplina en sus vínculos con otras, y la promoción de actitudes de apertura y reconocimiento del valor de esos saberes, asumiendo los límites del propio saber, su carácter abierto e incompleto.

Bernstein, B (1988) *Clases, Código y Control II. Hacia una teoría de las transmisiones educativas*. Madrid: Akal Universitaria.

Edwards, V. (1999). *El conocimiento escolar como lógica particular de apropiación y alienación*. En Rockwell, E. (coord.), *La escuela cotidiana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ortiz Torres, E. (2012) *La interdisciplinariedad en las investigaciones educativas*. En *Revista Didasc@lia: Didáctica y Educación*. Vol. III n° 1, enero-marzo. Cuba. ISSN 2224-2643

Pasillas, M. (2008) *Estructura y modo de ser de las teorías pedagógicas*. En: *Pedagogía y prácticas educativas*. Coordinadores Hector Rincón, Samuel Pérez Olivia Pelayo. Universidad Pedagógica Nacional. México